escrúpulo, en donde lo encuentra. Nunca ha sido la originalidad su fuerte cuando ha hablado y cuando ha escrito; y si, al escuchar sus discursos ó leer sus artículos, se viese uno obligado á saludar las ideas y las frases conocidas que á cada instante aparecen en ellos, el sombrero se gastaría de tanto quitárselo y ponérselo. Pero si no es original en lo bueno que dice, podría serlo, al menos, en los disparates, que tan poco trabajo cuesta decir, ¿no es verdad? Pues, no señor: hasta esos disparates suelen ostentar, al salir de los labios ó de la pluma del Sr. Bulnes, otra marca de fábrica distinta de la del eminente publicista y orador. Tiene usted la prueba de ello en la chusca comparación de Cuba insurrecta con España reconquistadora de su territorio, en la lucha de siete siglos. Hace la friolerilla de veintitres años que la oí por primera vez en las discusiones del Liceo Hidalgo; y, por respeto á la memoria de algún hombre de gran talento literario, y que no acostumbraba barbarizar más que cuando lo cegaba cierta especie de odio pueril á España, no cito al autor. Por cierto que, desde entonces, mi amigo y maestro Telesforo García le sentó perfectamente las costuras, como en más de una ocasión lo ha hecho con muchos de esos tocadores de organillo que, en la prensa y en la tribuna mexicanas, se imaginan que el discurrir consiste en dar vueltas al manubrio del instrumento que encierra todas las majaderías y todas las vulgaridades. Recuerdo que, entonces, el autor de la comparación plagiada por el Sr. Bulnes no tuvo una sola palabra de réplica cuando se le hizo ver la inmensa diferencia que existe entre las dos cosas comparadas. Porque, en efecto, mi querido Juan, ¿qué semejanza puede encontrarse entre una y otra guerra de independencia? ¿La reconquista de España se hizo acaso con elementos árabes, como pretende hacerse la independencia de Cuba con elementos españoles? Desde Covadonga hasta Granada, la guerra hecha por España al musulmán fué iniciada, continuada y llevada á cabo en nombre de elementos materiales y morales totalmente distintos de los que caracterizaban á los dominadores.

Todo era diferente, desde la raza que luchaba por expulsar al conquistador extranjero del suelo patrio, hasta los caracteres sociológicos de ambos pueblos: lengua, religión, espíritu, costumbres, ideales, esto es, cuanto constituye lo que se llama civilización humana, era en el español opuesto al árabe y al moro. Así es que, para quien medite un instante acerca de la filosofía de la Historia, la guerra de independencia de España fué una verdadera reconquista, una reivindicación de los derechos hollados en Guadalate. ¿Puede decirse otro tanto del movimiento insurreccional de Cuba? ¿La raza rebelde es otra que la española? ¿Son distintas su lengua, su religión, sus costumbres, sus ideales, su tipo de civilización, en fin, para decirlo en pocas palabras? La insurrección cubana no es más que una tendencia á la separación del tronco, con la circunstancia agravante de estar revestida de los caracteres de alta traición, no sólo á la patria, sino á la raza misma á que los hijos de Cuba pertenecen.

No es comparable, ni siquiera á la guerra de independencia nuestra contra España; porque, si bien esta independencia fué también una separación del tronco común, se intentó y se realizó con elementos de vida propia, capaces de constituir una nación aparte, siendo, por consiguiente, la emancipación *legítima* del hijo que llega á la mayor edad (y digo *legítima*, porque medio siglo antes, hombres de Estado españoles, de la talla del Conde de Aranda, reconocían la necesidad de la independencia de las dos naciones formadas por España en el Continente americano): mientras que la soñada emancipación cubana, sin elementos de vida propia, sin las condiciones para formar un Estado soberano y civilizado, no puede producir otros resultados que, ó la formación de una nueva entidad africana en América, á semejanza de Haití, á causa del predimonio de la raza negra, ó la desaparición del mundo de una entidad latina, sacrificada en los altares del sajonismo. No hay medio: Cuba separada de España será, ó república negra, ó territorio yankee; y

en uno y en otro caso hay traición á la raza, siendo además, en el primero, traición á la civilización.

¡Y todavía pretenderá el Sr. Bulnes que se le tenga por filósofo y pensador profundo, cayendo en aberraciones tales como la de comparar y declarar idénticos hechos históricos tan diametralmente distintos!

Pues ¿y lo que dice á renglón seguido acerca de *los generadores de las sociedades humanas?* Va usted á ver cómo es quizás más fuerte en sociología que en filosofía de la Historia.

***

Ahora vamos, mi querido amigo, á seguir los vuelos que, en los espacios sociólogicos, echa esa águila empollada por usted. Para mayor claridad, convendrá copiar de nuevo el párrafo inmortal de *los generadores sociales.* Dice así:

«*¡Cuba insurrecta es la hija ingrata de España! como España es el parricida de la conquista árabe.* Todas estas frases sentarían bien á Lope de Vega ó á los prelados del reino; pero las verdades políticas no tienen lugar en los vergeles literarios, y el rey Lear, de Shakespeare es un hombre y no una nación. Los generadores de una sociedad son la posición geográfica de su territorio, la geología y mineralogía de éste, su clima, su fauna, su flora, su posición respecto de otras sociedades, y las corrientes intelectuales y morales, circulantes durante el trabajo de adaptación y reacción del grupo humano en su medio. De todos los generadores que dan existencia, expresión, actitud, conciencia, reputación, presente y porvenir económica á una sociedad *el de la raza es ínfimo, pues tiende constantemente á desaparecer, y después de algunas generaciones, sólo queda para justificar la presencia de esa raza, la permanencia de sus elementos superorgánicos. Pero desde el momento en que éstos desaparecen también, la raza original socialmente ha muerto.* En Cuba el elemento superorgánico característico de la raza española que es la locura tradicional perseguidora de

toda especie de libertades, ha desaparecido del pensamiento profesional cubano, que se inspira moral ó intelectualmente en modelos modernos exentos de preocupaciones que hacen imposible todo criterio científico.»

Pasaré por alto el embolismo incomprensible, para su mismo autor, de Lope de Vega, paseando de bracero con *los prelados del reino* (?), por los verjeles literarios, en compañía de Shakespeare y del rey Lear, el cual *es un hombre y no una nación.* Yo no acierto á explicarme qué relación pueda tener esta frase con los generadores sociales; y, si la he copiado también, es porque, además de ser un modelo del estilo con que se deben tratar las altas cuestiones filosóficas, y que servirá de muestra á los oradores mambises, me interesa hacer constar que el único autor que sobre historia cita el Sr. Bulnes, en su Hoja Suelta, es un autor dramático. Si usted, Juan amigo, ha estudiado la historia en *Los Tres Mosqueteros,* su discípulo no le va en zaga, pues conoce la misma ciencia por sus lecturas de Shakespeare; y, con tanto provecho, que si usted cree que Porthos acogotó á Mazarino porque no quiso hacerlo barón, el autor de la Hoja Suelta parece tener fe ciega en que el Rey Lear y sus hijas fueron, aunque no precisamente naciones, sí seres reales, y no simples productos de la fantasía de un poeta.

Mas no hay que ser demasiado severo con el señor Bulnes, en caso de que hubiese algún error en sus creencias acerca del infortunado y ciego monarca, que no todo el mundo es árbitro de la elección de sus lecturas; y no hay que serlo, porque, si en historia ha leído más autores de fantasía que serios, á juzgar por la muestra que nos da con su cita de Shakespeare, en cambio, en ciencia social, parece que no ha leído autor ninguno, serio, ni fantástico, y que se fía en la pujanza de su propio discurso. Debe perdonársele mucho, porque ha estudiado muy poco..... ¿Qué de más tuvo la Magdalena que él? Ni siquiera la contrición.

Vea usted si no, amigo mío: al hablar de los generadores de las sociedades humanas, esto es, de los ele-

mentos sociológicos que las constituyen, comienza por hacer una enumeración en la que incluye elementos de carácter meramente biológico, los cuales, aunque en difinitiva sean determinantes de los sociológicos, no son éstos mismos, propiamente hablando. La enumeración del Sr. Bulnes es igual á la de quien, al contar las partes de que se compone un fusil, mencionase primero los átomos que forman la materia. En seguida, por odio tal vez al orden,—la inspiración de los grandes líricos no lo consiente, acuérdese usted de Boileau—hace una verdadera mesa revuelta en su enumeración, citando primero la posición geográfica del suelo que su constitución geológica, su fauna que su flora. *Pecata minuta*, dirá usted. Efectivamente, pero como es un sabio quien los comete, no es disculpable. El primer deber de un hombre científico es proceder con método. Mas ahora vamos á llegar á los pecados gordos, al más gordo que un sociólogo pueda cometer, porque revela ignorancia del *a b c* de la sociología. ¿Pues no se atreve á decir que, de los elementos generadores sociales, el de raza es el ínfimo? ¿Pues no asienta con mucha gravedad que los elementos superorgánicos de una sociedad pueden llegar á desaparecer, cuando estos elementos son precisamente los sociales, y afirmar que pueden existir sociedades sin elementos sociales es lo mismo que asegurar que puede haber humanidad sin elementos humanos? Vamos, querido Juan, hablemos con más claridad á su discípulo, para convencerle de que está disparatando con esplendor. ¿Qué entiende por elementos superorgánicos de una sociedad, si no son aquellos que están por encima del organismo animal? Elementos superorgánicos son la lengua, la religión, las manifestaciones económicas, las relaciones de justicia, las de gobierno, ó sean las políticas, la industria, el arte, la literatura, la ciencia, etc.

Estos son los elementos característicos de las sociedades humanas, los elementos *sociales*, y éstos no pueden desaparecer, como lo asegura el Sr. Bulnes, sin que desaparezca la sociedad misma. Luego el elemento generador *raza* (prescindiendo de que está muy lejos de ser el ínfimo, como lo demostraré á renglón seguido) no puede desprenderse de sus condiciones superorgánicas que son las que la constituyen, *sociológicamente* hablando; puesto que reducirse á examinar únicamente sus caracteres fisiológicos, es *propio de la biología* y no de la *sociología*. Esta ciencia, querido Juan, explíqueselo usted al Sr. Bulnes, no tiene á su cargo el estudio de los tipos humanos en su estado fisiológico, ni está obligada á examinar las razas de hombres como si fuesen especies de vacas ó de cerdos, según sus diferencias anatómicas—pues las razas humanas no son algo enteramente definido y existente en un estado protoplasmático:—la sociología, repítaselo usted á menudo, se encarga del estudio del hombre, y por consiguiente de las razas humanas, *en sus relaciones sociales*, en sus manifestaciones de vida colectiva; no trata, ni debe tratar, de la estructura del cuerpo, ni del color, ni de las diferencias fisiológicas de los distintos grupos humanos, sino de los caracteres psicológicos, de sus condiciones morales al funcionar socialmente. Las razas se diferencian conforme á estos caracteres y condiciones, y suponer que puedan desaparecer éstos equivale á delirar con que la uniformidad y no la variedad llegará algún día á ser la ley de los organismos sociológicos, lo cual es un absurdo, y á incurrir en el ideal jacobino de igualdad absoluta de los grupos humanos sobre la tierra.

Tan no es el elemento *raza* el ínfimo de los generadores de las sociedades, que la sociología considera su exámen como indispensable para la clasificación de estas sociedades; y si el Sr. Bulnes tiene alguna idea de lo necesario que es el método en el estudio de las ciencias, reconocerá la importancia capital de una buena clasificación. Sólo á un cubano platónico, como manifiesta serlo en sus escritos y en sus discursos, puede haberle parecido insignificante la consideración sociológica de las razas humanas. Spencer exige, para clasificar las diferentes sociedades, que se distinga entre las formadas por una sola raza y las formadas por varias; Jœ-

ger, el gran zoologista, propone dividir los grupos sociales en *Estados de generación*, formados por el desarrollo de un solo grupo de hombres, y en *Estados de agregación*, producto de la concurrencia de varios grupos; Worm, en su obra magistral "Organismo y Sociedad," dice:

«. . . .Porque lo que hay de esencial en *la herencia* que cada uno de los pueblos precitados ha trasmitido á la Francia actual, no son los caracteres propiamente étnicos (ó al menos los caracteres físicos, los caracteres de morfología externa que muchos etnógrafos creen suficientes para caracterizar una raza); son los CARACTERES SOCIALES, los que conciernen á la civilización, la lengua, las artes, la religión, el gobierno, las costumbres, el régimen económico, etc. *El papel de la clasificación genealógica no consiste, pues, solamente en decirnos qué grupos étnicos han producido los antepasados de los hombres que componen las sociedades, sino, sobre todo, hacer aparecer las relaciones de cultura y de civilización que existen entre estas últimas y aquellas de quienes proceden.*" (Diga usted al Sr. Bulnes que se fije en lo subrayado para cuando lleguemos al punto aquél de que la cultura intelectual no procede de España).

Tan no es insignificante el papel de la raza como elemento social, tan no tiende á desaparecer, que el autor de la Hoja Suelta dice que, después de algunas generaciones, sólo queda *la permanencia de los elementos superorgánicos*. Y como estos elementos son los *sociales*, y los únicos que en sociología se tienen en cuenta, es evidente que el mismo escritor ha afirmado que subsisten; y subsistiendo, no son insignificantes, sino importantísimos, por ejercer influencia decisiva sobre las sociedades humanas.

Precisamente es lo contrario de lo que el Sr. Bulnes asegura: el elemento raza no es ínfimo, sino el capital de todos los generadores sociales, aquél cuya permanencia está demostrada á cada paso por la Historia. Lea, si le parece bien al eminente publicista, á Gumplowicz, *La lucha de razas*, sociólogo cuyos escritos son casi una autoridad, y en él verá que, á través de los siglos, lo que persiste, en último resultado, de los caracteres distintivos de las razas humanas, no es el elemento fisiológico, que está sujeto á cambiar por el medio ambiente, no es tampoco el elemento reflexivo, el cual varía y se somete fácilmente á influencias extrañas, sino lo que constituye el tipo psicológico propiamente dicho de cada grupo humano, esto es, el elemento *emocional é instintivo*. ¿Cómo podrá desaparecer este elemento en el pueblo cubano, hijo directo del español? ¿Acaso han desaparecido en el francés de hoy las condiciones emocionales que César había hecho notar en el galo? ¿Acaso el celta de Irlanda y el del país de Gales han perdido el carácter entusiasta que tanto los diferencia del frío y acompasado sajón, cuyas huellas se observan en el inglés actual? ¿No le parece al autor de la Hoja Suelta que los españoles de Gerona y Zaragoza conservan el mismo carácter que los de Sagunto, de Numancia y del Medulio? ¿Por qué los cubanos habrían de ser una excepción de la regla general? ¿Porque así conviene á la tesis del Sr. Bulnes?

Crea usted, estimado Mateos, que todavía en este momento, abrigo la sospecha de que estoy soñando y que nada hay de cierto en lo que he leído y comentado, pues se me figura imposible que todo un Bulnes, que, á pesar de todo, tenía talento, haya dicho absurdos que rayan en el cretinismo. En rigor, puedo admitir que quien no conoce jota en materia de sociología, ni tiene la costumbre de reflexionar acerca de lo que escribe, haya asegurado que los caracteres superorgánicos de una raza humana, pueden desaparecer, sin que la raza desaparezca. Para comprender el error que esta proposición encierra, se requiere haber estudiado algo y también meditado un tanto sobre esta verdad: todo organismo social tiene existencia propia en razón de los caracteres que le son propios y lo distinguen de otros.

Si una raza pierde tales caracteres, para tomar los de otra, como pretende el Sr. Bulnes que los cubanos lo

hacen, adquiriendo los de los yankees y abandonando los de sus padres, los españoles, puede decirse que ha desaparecido, confundiéndose con aquella por quien ha prescindido de sus condiciones de diferenciación: toda sociedad que no conserva sus cualidades peculiares es una sociedad muerta; ejemplo, los mexicanos de Texas y de California, absorbidos por la conquista norte-americana. Mas esta reflexión, basada en las ciencias biológicas y sociológicas, puede estar muy por encima de los alcances científicos de que ha dado muestra el discípulo de Ud., en su Hoja Suelta, y sería demasiada severidad el exijírsela.

Pero considerar el factor raza, no como el ínfimo de los generadores sociales, sino como el primero y principal, es cuestión de simple sentido común. A un escritor humorista, como Eugenio Mouton, puede permitírsele que haga la historia de un *inyálido con la cabeza de madera*, porque el chiste está precisamente en el absurdo de admitir, como una verdad, que un hombre puede vivir con una cabeza postiza; pero á un publicista que trata con seriedad cuestiones sociológicas, que nada tienen, ni deben tener de chistoso, no puede perdonársele que admita por cierto que un conjunto de geología, geografía, clima, flora y fauna sea capaz de producir una sociedad humana, sin necesidad de una raza de hombres, ó con muy poca necesidad de ella, puesto que la considera como un elemento ínfimo. Efectivamente, los grupos humanos sufren la influencia del medio en que se desarrollan y experimentan, debido á él, modificaciones, que á su vez hacen experimentar á ese medio.

Pero para que esas modificaciones se verifiquen y para que las sociedades se formen, se necesita, como factor principal é indispensable, la presencia del elemento humano. Y es tan importante este elemento, que muchas veces se manifiesta con independencia del medio en que vive. Si la influencia del medio fuese irresistible, tendríamos que todas las razas que pueblan un mismo territorio serían, al cabo de un espacio de tiem-

po más ó menos largo, iguales en caractéres biológicos y sociológicos.

Y cuando vemos que en América, después de cuatro siglos de colonización europea, el indio continúa siendo inferior al blanco, que en el Africa Austral los cafres y los hotentotes viven en el embrutecimiento, al lado de los colonos holandeses é ingleses, no obstante que las condiciones del medio son iguales para unos y otros, es imposible no convencerse de que los generadores sociales, que el Sr. Bulnes declara más importantes que el de la raza, son los ínfimos, y que aquél á quien tanto desprecia es precisamente el capital.

De lo expuesto se deduce que el Sr. Bulnes, en la cátedra de sociología que nos ha dado, no al aire libre, sino á la *Hoja Suelta*, que, precisamente por ser suelta, es libre como el aire, de todo yugo científico, ha expuesto, con motivo de razas humanas, dos proposiciones totalmente opuestas á lo que aseguran los sabios, á lo que enseña la observación, á lo que la sana razón inspira. No es ínfimo el factor *raza* entre los generadores sociales, sino el más importante (porque él es el sujeto de la oración, siendo los demás, clima, geografía, etc., sus modificadores solamente, y porque persiste á través de los tiempos y de todos los accidentes de la historia) ni los caracteres superorgánicos son distintos de los sociales, no pudiendo, por tanto, desaparecer.

Ya dirá usted si tuve ó no razón en decir que el párrafo sociológico que comento tiene un carácter monumental entre los mil disparates que la falta de estudio y de meditación acerca de lo que dice ha hecho cometer al Sr. Bulnes.

Ahora vamos á ver si es cierto que *la locura tradicional perseguidora de toda libertad* puede ser considerada como un *elemento superorgánico* (ya he dicho á usted que tales elementos son los sociales, como lengua, religión, etc.,) ó como una enfermedad; y si esta enfermedad aqueja al pueblo español de hoy. Pero como dice en seguida tanto y tan malo de los españoles el discípulo de usted, no me bastarían todas las columnas de este pe-

riódico para refutarlo. Dejaremos, pues, para otra misiva lo de la *locura tradicional*, y todo lo demás.

***

Reflexionándolo bien, juzgo, mi estimado amigo, no sólo inútil, sino hasta ridícula tarea desperdiciar tiempo, tinta y papel en demostrar á usted que es un disparate insigne la afirmación que hace el Sr. Bulnes, de que la *locura perseguidora de toda especie de libertades* que atribuye á España es un elemento superorgánico de la nación española. Esa afirmación equivale á tanto como á decir que el tifo ó la viruela son los elementos fisiológicos característicos de un organismo humano. Ya dije á usted, y creo haberlo demostrado, algunas líneas arriba, que los elementos superorgánicos son los sociales, aquellos que representan en un grupo humano llamado *pueblo* un estado de civilización propia de él, los que acusan la concepción especial que de esa civilización hace y que, naturalmente, lo diferencían de otros grupos. Elementos superorgánicos son lengua, religión, ideales, arte, literatura, costumbres, gustos, etc. Puede decirse que, hasta la misma manera especial que una sociedad humana tenga de comer y de entender la gastronomía, es elemento superorgánico, pues así como hay literatura francesa hay cocina francesa, y una *soupe á l'oignon*, ó una *bisque d'ècrévisses*, que en nada se parece á un *arroz á la valenciana* y á una *escudella catalana*, son manifestaciones del carácter de diferenciación del pueblo francés respecto del español, en cuanto se refiere al modo de prepararse sus sopas. Pero una enfermedad, y la *locura* (aunque sea nada más que *perseguidora de libertades* no merece otro nombre que el de enfermedad) es un accidente que padece el organismo social; no es una condición característica, ni un elemento constitucional que diferencia á ese organismo enfermo de los demás.

Necesitaba el Sr. Bulnes rematar con ese ático el edificio de absurdos que levantó tratando de los elemen-

tos generadores de las sociedades humanas. Sólo á él pudo ocurrírsele que una dolencia, una alteración de la salud, que naturalmente es agente destructor de los organismos, lo mismo individuales que sociales, pueda ser causa *generadora* y no causa de muerte ó de debilitación de esos organismos.

Cuanto á que España, la España contemporánea padezca esa enfermedad, ¿qué razones da de su dicho el Sr. Bulnes? No exijo pruebas, porque con la teoría singular que ha establecido de que, cuando sintetiza, está relevado del deber de demostrar sus aseveraciones, aunque no sean axiomas, ni verdades palmarias, sino afirmaciones perfectamente discutibles, comprendo que le daría un disgusto pidiéndole lo que no podría dar. Pero al menos, que diga, siquiera de una manera sintética, los motivos que su cerebro ha tenido para formular semejante acusación contra la España contemporánea.

Lo que está á la vista es que España, desde que terminaron las guerras napoleónicas, ha permanecido voluntariamente retraída del movimiento político europeo, primero á causa de sus luchas intestinas, y después por la necesidad de curarse las heridas que esas luchas le habían producido.

Durante medio siglo, y muy particularmente después de la restauración borbónica, el único objeto de sus esfuerzos ha sido su reconstrucción interior, sin entrometerse en cuestiones agenas á sus verdaderos intereses. Precisamente en los momentos en que la criminal insurrección de Cuba estalló, se ocupaban sus hombres de Estado, una vez afianzada la paz, aseguradas las libertades públicas é introducido el orden en la administración, de acometer el difícil problema de transformar en tipo industrial el viejo tipo guerrero de la nacionalidad española; lo cual hubiera significado un adelanto sociológico de primer orden, la evolución de una sociedad hacia un estado más perfecto; y esto, en los momentos precisamente en que las demás naciones europeas, afectas unas por *la locura de la dominación* y las otras por temores más ó menos fundados, se sangran

hasta la última gota de sus venas para sostener armamentos que, por lo exagerados, rayan en el delirio. Y no se diga que la actitud tranquila de España en medio de la agitación europea es hija de la impotencia; porque estas mismas insurrecciones de Cuba y de Filipinas han demostrado palmariamente que, si estuviese aquejada de la enfermedad que el sintético escritor le atribuye, la nación que ha sido capaz de enviar, en menos de dos meses, doscientos mil soldados al otro lado de los mares y á millares de leguas de distancia, y esto en buques propios y sin necesidad de apelar al dinero extranjero, podría ser un factor nada despreciable en un conflicto que estallase en su mismo continente. De suerte que su discípulo de usted ha elegido precisamente la época en que España ha demostrado mejor juicio que ninguna otra nación capaz de combatir, infinitamente mejor que el de los Estados Unidos que acusan ya veleidades de dominación y manías de conquista, tanto en las Antillas como en la Oceanía, para atribuirle la locura que aflije á la mayor parte de los pueblos modernos. Esto, en cuanto á la política europea de España se refiere. Cuanto á la colonial, justamente España es el único país que no sueña con adquisiciones nuevas de territorios. Lo que ejecuta en Cuba y en Filipinas es hacer uso del legítimo derecho que toda nación tiene de conservar lo que en perfecta propiedad le pertenece; siendo de notarse que, en las Antillas españolas, en donde no hay poblaciones conquistadas, sino descendientes de pura raza española, y negros emancipados y con derechos de ciudadanía, el cargo de *locura de dominio* es más injustificado todavía. Mientras que Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, la misma pequeñísima Bélgica, preparan constantemente nuevas conquistas y ocupaciones de territorios coloniales, España se limita á defender lo que es suyo legítimamente, lo que le ha costado su sangre, el esfuerzo de sus hijos, sus afanes por crear en el mundo nuevas entidades civilizadas.

Decididamente, querido Juan, debe usted aconsejar á su alumno que no pretenda elevarse á mayores, abandonando la copia literal que con tan buen éxito había hecho de los procedimientos oratorios y periodísticos de usted. Ya lo estamos viendo: no bien quiso meterse á sociólogo, cosa á que usted jamás ha aspirado, sus desbarros, en vez de ser esos inocentes disparates que con tanto aplauso y júbilo acogen sus oyentes y sus lectores (las *carreras de potros en las Navas*, el *Rey Lear y los prelados del reino*, etc., etc., etc., tres columnas de etcéteras), se convirtieron en disparates calificados, que, no porque los llame *síntesis* dejan de provocar el escándalo de cuantos algo saben de filosofía de la Historia y de Sociología, y de obligarme á mí, que me he propuesto ser el Foción *á la violeta* de ese Demóstenes á las *mil flores*, á escribir más que el Tostado, puesto que cada *síntesis* suya exige cuatro páginas de análisis. Las indigestiones (léase síntesis) se adquieren en un minuto; pero su tratamiento suele durar meses enteros.

Por fortuna, y sea dicho en honor de la verdad, el eminentísimo publicista é intérprete de las ideas de los catedráticos mambises, no se muestra pecador empedernido en materia sociológica. No bien hubo terminado su párrafo de los *generadores sociales*, parece que cayó de su asno, y que diciéndose á sí mismo—«no me llama Dios por este camino,»—volvió contrito al método Mateos. Lea usted, en prueba de ello, estos dos párrafos, y dígame si en su vida ha dicho ó escrito algo mejor.

Atención:

***

«Menéndez Pelayo, *gloria española*, (parece que hay glorias en España) ha definido al pueblo ibero en su siglo estrepitoso, de epopeya devastadora, como una nación de teólogos armados. Una vez realizada la transformación de épocas volcánicas, de fé mística y militar, en épocas frías de industrialismo excéptico, el pueblo español, aislado del contacto europeo, por los muros de sus nueve mil monasterios y la mortaja estrecha de su tradición, ha evolucionado á medias, fijándose en una *forma*